Gerardo Bartolomé

LA CONQUISTA DE ROSAS

Una historia real de renegados, cautivos, fortines y malones
1830-1874

EDICIONES HISTÓRICAS

Gerardo Bartolomé

LA CONQUISTA DE ROSAS

Una historia real de renegados, cautivos, fortines y malones. 1830 - 1874

EDICIONES HISTÓRICAS

www.EdicionesHistoricas.com.ar
consultas@EdicionesHistoricas.com.ar

Bartolomé, Gerardo Miguel

La conquista de Rosas: una historia real de renegados, cautivos, fortines y malones / Gerardo Miguel Bartolomé. - 1ª ed. revisada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Gerardo Miguel Bartolomé, 2019. 288 p.; 22 x 12 cm.

ISBN 978-987-783-318-8

1. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863

Primera edición © 2014 ZAGIER & URRUTY

Tercera edición © 2019 Gerardo Bartolomé

ISBN 978-987-783-318-8

Todos los derechos reservados por Gerardo Bartolomé para esta edición en español. Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos sin expreso consentimiento por escrito del titular de los derechos, excepto por un periodista, quien puede tomar cortos pasajes para ser usados en un comentario sobre esta obra para ser publicado en una revista o periódico.

Al emprender cualquier actividad mencionada en este libro el lector debe asesorarse en entidades reconocidas acerca de los riesgos y obligaciones inherentes a su práctica. Los editores no asumen responsabilidad alguna por posibles perjuicios ocurridos por accidente, negligencia o cualquier otra razón. Aunque el autor y los editores han investigado exhaustivamente las fuentes para asegurar exactitud en los textos e ilustraciones contenidos en este libro, no asumen responsabilidad alguna por errores, omisiones o cualquier inconsistencia incluida. Cualquier agravio a personas, empresas o instituciones es completamente involuntario y no compromete a los editores, quienes se limitan a la publicación de esta obra sin responsabilizarse ni solidarizarse con las aseveraciones vertidas en el texto por el autor y sus entrevistados.

Ilustraciones: Pertenecen a diversas fuentes.

Diseño de tapa: Ricardo A. Dorr y Gerardo Bartolomé.

Corrección: María Marta Calvo.

Conversión a formato digital: Ricardo A. Dorr.

Índice

Prefacio
Capítulo 1. Esos salvajes unitarios
Capítulo 2. El héroe del desierto
Capítulo 3. El golpe de la piedra azul
Capítulo 4. Los hermanos Videla
Capítulo 5. El niño que le habla al papel
Capítulo 6. La muerte de las chinas
Capítulo 7. El malón
Capítulo 8. El desierto
Capítulo 9. El ataque del malón
Capítulo 10. Juan Manuel
Capítulo 11. Segundo cautiverio
Capítulo 12. 3 de febrero y 11 de septiembre
Capítulo 13. Los acuerdos con los caciques
Capítulo 14. El Estado (independiente) de Buenos Aires
Capítulo 15. Nubes de tormenta
Capítulo 16. El principio de la tormenta
Capítulo 17. El fin del Estado
Capítulo 18. Una desgracia
Capítulo 19. El diario del francés
Capítulo 20 ¡Revolución!
Capítulo 21. La virgencita
Palabras finales

A mi mujer Paula, cuya guía y claridad de conceptos hizo que esta obra fuera posible.

A mi hijo Francisco.

Prefacio

Cuando me propuse escribir sobre las campañas contra los indios de la pampa argentina en primera instancia tuve que lidiar con mis propios preconceptos e ignorancia sobre el tema. A medida que aprendía sobre la vida a ambos lados de la línea de fortines fui entendiendo el pensamiento de indios y blancos (huincas para los indígenas) y comprendí que la historia que contaría estaba inevitablemente destinada a ser una tragedia.

Delante de mí fueron apareciendo personajes que me eran desconocidos y cuyo esfuerzo supremo mereció mucho más que el triste destino que los hechos le depararon. Como un barco a la deriva que el viento empuja inevitablemente hacia rocas asesinas, el destino de las tribus argentinas también estaba determinado desde mucho antes de la campaña militar de 1879.

*Al igual que mis libros anteriores (*La traición de Darwin *y* El límite de las mentiras*) éste también generará polémica. Si bien en la Argentina, lo mismo que en muchos otros países de América, la población está dividida entre aquellos que celebran la conquista de los territorios y aquellos que la denostan, creo que nadie duda que el destino fue demasiado injusto con las tribus pampeanas. Por supuesto que queda para la discusión si los hechos fueron exclusiva responsabilidad de sólo uno de los bandos en pugna o de ambos.*

Nuevamente busco que el lector conozca las personas y los hechos como si hubiera estado allí y que, libre de clichés y de ideas preconcebidas, pueda explorar esta arista poco conocida de la historia argentina.

Ushuaia, 11 de diciembre de 2013

Capítulo 1. Esos salvajes unitarios

Córdoba, 27 de febrero de 1830

Ninguno de los tres muchachos tenía más de veinte años, pero habían tenido un desempeño tan destacado en la batalla de Oncativo[1] que, en una sencilla ceremonia, serían ascendidos al rango de Alférez[2]. El coronel Luis Videla era el encargado de entregar la espada de Alférez a su protegido y coprovinciano de San Luis, el joven Manuel Baigorria.

Pero cuando llegó ese momento…

—Yo quiero saber, si voy a aceptar la espada que se me ofrece, por qué causa vamos a luchar —le preguntó Baigorria al mismísimo general Paz, que estaba allí presente.

A Videla se le heló la sangre. El mismo había impulsado el ascenso de su protegido ante el General Paz. Sabía que el joven tenía ese defecto que todo militar odia en sus subalternos, el defecto de cuestionar las órdenes. Pero Manuel Baigorria tenía otras virtudes, don de mando sobre su gente, valentía sin límites y mucho sentido común. Baigorria era secote e impredecible, pero también era vivo y sus hombres lo seguían adonde fuera. Eso, en el Ejército, valía mucho.

Al General Paz la pregunta de Baigorria no le pareció impertinente, por el contrario, le pareció una excelente oportunidad para contestar una cuestión que todos tenían en la cabeza, pero que nadie se animaba a preguntar.

—Alférez Baigorria —dijo con voz grave—, la causa que vamos a defender con la espada que se le ciñe es la de la organización de nuestra Patria. Y, si no morimos en el

intento, lucharemos hasta verla constituida.

Baigorria frunció el ceño. Había nacido poco antes de la Revolución de Mayo y desde la caída del poder colonial de lo que había sido el Virreinato del Río de la Plata, solo había conocido guerras. Primero, para expulsar a los españoles y, luego, las guerras civiles cuyo único objeto era, para unos, alcanzar el poder y, para otros, retenerlo. Los caudillos habían tomado el control de las provincias y no tenían el menor interés en cederlo en pos de un gobierno nacional. Por eso, al regresar de la guerra con el Imperio de Brasil, los generales Lavalle y Paz habían comprometido sus tropas en la causa de organizar un único gobierno para el país: eran unitarios. Lavalle marchó sobre Buenos Aires, y Paz sobre Córdoba. Su plan era doblegar a los caudillos y organizar el país por medio de una Constitución Nacional.

A pesar de sus éxitos militares, Lavalle no pudo retener el control de Buenos Aires. El fusilamiento de Dorrego y su mal manejo político lo obligaron a dejar la ciudad repudiado por todos. El gobierno de la provincia quedó en manos de un poderoso hacendado: Juan Manuel de Rosas.

En cambio, Paz venció por las armas a casi todos los gobiernos del centro, norte y la zona de Cuyo. Su reciente éxito en Oncativo lo había fortalecido enormemente. Estaba claro que su siguiente paso era enfrentar a Rosas y las provincias del Litoral. El general Paz prometía la Organización Nacional frente al caos de los caudillos. A Baigorria le parecía bien eso. Solo la mano dura podía gobernar el país.

El nuevo alférez tomó la espada que se le ofrecía. —¡Juro dar mi vida por la organización de nuestra Patria!

El general Paz sonrió y lo palmeó en el hombro y le dirigió una mirada aprobatoria al coronel Videla. Ninguno de ellos se olvidaría de aquel día.

* * *

Abril de 1831

Cuando, por error, Paz se acercó a una partida enemiga y cayó boleado[3] de su caballo, no fue solo Paz el que cayó, sino también toda la causa unitaria. El mando militar de los unitarios quedó en las manos de Lamadrid, pero este, sin las dotes de militar de Paz, fue perdiendo todo lo que el anterior había ganado. Su reconocida crueldad solo sirvió para que ambas partes, con la menor excusa, optaran por fusilar a los prisioneros.

El coronel Luis Videla, nombrado Gobernador de San Luis por Paz, fue vencido por federales mendocinos. Baigorria fue tomado prisionero y llevado a Mendoza junto con otros veintiocho oficiales unitarios. Fue entonces que el capitán encargado de la cárcel recibió instrucciones de fusilar a los prisioneros. Mandó a su sargento con cuatro soldados al corralón donde estaban los presos. Allí el sargento los fue llamando uno a uno, sin que ellos supieran de qué se trataba, aunque algunos lo sospechaban. El sargento hizo una lista con el nombre de cada uno de ellos. A medida que los anotaba, los iba mandando custodiados al patio central. El sargento terminó, ya no quedaban oficiales unitarios en el corralón. Le dio la lista con los nombres a uno de sus soldados, para que se la llevara al capitán. Se escuchó el clarín que precedía el fusilamiento. El sargento ya se iba del corralón, cuando uno de sus soldados le dijo: “Sargento, en las letrinas hay un puntano. Es uno de los unitarios”.

Al sargento no le gustaba que sus subalternos le dijeran qué era lo que había que hacer. La lista estaba terminada y entregada, no pensaba exponer su error, así que de mala manera le contestó al soldado: “¡Cállese usted, adulón! Yo llevo lo que se me pidió. La vida de ese hombre, esta vez, se salvó.”

Ese hombre era Manuel Baigorria y esa vez, como le pasaría

muchas otras veces, había salvado su vida por muy poco.

* * *

Junio de 1831

—Pero Niña, ¿por qué no me habían dicho esto antes?

Baigorria había conseguido mandar una carta a su familia en San Luis, y de allí habían enviado a una de sus hermanas, la más bonita de ellas, a hablar con el Gobernador de Mendoza, para pedir por la libertad de su hermano.

El Gobernador, que no estaba al tanto del caso, creyó que se trataba de uno de esos que estaban presos por haber sido denunciado como unitarios. En algunos casos las denuncias eran ciertas, pero en muchos otros casos se trataba de venganzas o de alguien que, para escapar de una deuda, hacía que su acreedor fuera fusilado por unitario. Los gobernantes, sabedores de que había muchos de estos casos injustos, estaban dispuestos a ofrecer el perdón, pero siempre a cambio de algo; de dinero o… El Gobernador miró a la muchacha con una sonrisa.

—Recién hemos sabido de él. Él quiso probar, con su silencio, la fidelidad a la causa. Nosotras estamos seguras de que, por más que siga preso uno o dos años más, no va a aparecer ningún delator o denuncia sobre él. Imagínese usted… ¿mi hermano menor preso en una barra de grillos por más de dos meses, y no aparece su supuesto delator? —dijo ella, al borde de las lágrimas.

El Gobernador la miró con una sonrisa, y llamó a su asistente.

—Señor González, haga que salga Baigorria en libertad.

El Gobernador volvió a sonreírle a la linda muchacha.

* * *

Septiembre de 1831

—¿Pero, entonces, qué alternativa tenemos? —le preguntó Baigorria a De la Cuadra.

Cuando fue puesto en libertad, el alférez huyó de Mendoza antes de que el Gobernador se diera cuenta de su error. Intentó en vano volver a incorporarse al ejército unitario, pero este sólo había encontrado derrotas. San Luis había vuelto a caer en manos federales, y eso le cortaba el camino a Córdoba, donde estaba Lamadrid.

Evadiendo al enemigo en las sierras cerca de su San Luis natal, se había juntado con muchos otros soldados unitarios que deambulaban sin destino. Caer en manos federales significaba, lisa y llanamente, la muerte. Así, se fue formando un grupo que llegó a contar con casi cincuenta hombres. A cargo estaba el oficial De la Cuadra, siendo Baigorria su segundo.

Las sierras dejaron de ser un lugar seguro y debieron internarse tierra adentro, cerca del Desierto, dominado por las tribus indígenas. —Solo tenemos dos alternativas —contestó De la Cuadra—. Avanzar a toda velocidad hacia el Norte, intentando tomar contacto con Lamadrid, o ir hacia el Oeste, hasta Chile.

—Hacia el Norte es una locura. Está lleno de federales. Además, Lamadrid va a ser derrotado tarde o temprano —dijo el alférez—. El camino a Chile no lo conozco.

—Yo sí, nací en Chile. Hacia el Oeste se llega a un manzano, de allí sale un camino que cruza los Andes[4].

—¿Sabría llevarnos a Chile? — preguntó Baigorria esperanzado.

—¡Claro!

—Entonces, no hay nada que decidir. Tenemos que ir a Chile.

—Sí, hombre. Pero es importante que entienda que quizás nunca más pueda volver a la Argentina. Que quizás nunca más vea a su familia —le explicó De la Cuadra—. Si nos vamos a ir a Chile, le diría que se despida de su familia.

Baigorria juntó a todos los soldados puntanos y organizó una partida. Visitarían a sus familias por la noche, para evitar ser reconocidos. A la madrugada saldrían nuevamente hacia el sur. De la Cuadra quedaría en el campamento con el puñado de soldados que no tenían de quien despedirse.

Esa noche la madre y las hermanas de Manuel se alegraron de verlo con vida, pero lloraron cuando supieron que probablemente no lo verían nunca más. Con dolor en su corazón Baigorria y sus soldados emprendieron una triste marcha hacia su campamento al sur. Cuando llegaron, ni De la Cuadra ni ninguno de los otros soldados estaban allí.

—¡Traidores! ¡Se fueron a Chile sin esperarnos! —gritó un soldado.

* * *

El campamento mostraba signos de violencia, lo cual excluía la posibilidad de que De la Cuadra y los demás se hubieran ido por su cuenta. Lo primero que pensó Baigorria fue que una partida de federales los habría encontrado. De ser así estaban sentenciados. Pero uno de los soldados encontró huellas que venían del sur. ¡Indios!

La moral del grupo se desplomó. No solo porque con la pérdida de De la Cuadra se esfumaba la posibilidad de una huida hacia Chile, sino porque ahora descubrían que el peligro también podía venir del sur.

Baigorria no se dejó ganar por la desazón. Organizó una guardia al norte del campamento para detectar la posible llegada de federales, y otra guardia al sur, para detectar indios. No sabía qué harían en un futuro, simplemente

planificaba la supervivencia. A pedido de sus hombres, estableció que una vez por semana dos hombres fueran a la ciudad a traer noticias y visitar su familia. Así pasaron las semanas…

* * *

—¡Villa! ¿Dónde está Cordero? —preguntó Baigorria con preocupación, al ver volver sólo a uno de los enviados, sin su compañero. Dos días antes, los dos habían partido juntos hacia la ciudad —Lo agarraron.

Los demás soldados se agolparon alrededor.

—¿Y usted, cómo se escapó?

—No pude… también me agarraron.

—¿Y entonces, cómo llegó acá? —preguntó Baigorria, casi desesperado, imaginándose que quizás los federales estaban ahí nomás.

—Me agarraron y me soltaron.

—¿Por qué? —preguntó el alférez, sin entender.

—Me mandaron con un mensaje, señor.

—¡Vamos, hable!

—Dicen que si nos entregamos y aceptamos pelear contra Lamadrid, nos salvamos. Si no, vienen y nos matan a todos.

Los soldados se miraron. La propuesta no parecía tan mala. Ninguno amaba la causa unitaria más que su propia vida y, además, siempre estaba la alternativa de desertar del ejército federal.

—¡Silencio! —Baigorria cortó el murmullo con autoridad—. ¿Qué más, soldado?

—De la Cuadra, señor.

—¿Qué hay con él?

—Los indios les entregaron a los federales a De la Cuadra y los demás soldados, a cambio de aguardiente, yerba y azúcar.

—No sé qué destino es peor, si los indios o los federales.

—También tomaron prisionero al coronel Videla —Eso le dolió a Baigorria. Luis Videla era quien lo había ascendido a alférez—. A él y a De la Cuadra los están llevando a Buenos Aires, para entregárselos a Rosas.

—Sólo les espera la muerte —dijo Baigorria con tristeza, ya que conocía a toda la familia de Videla. Y mirando a todos agregó: “Y la muerte es lo que le espera a todos los que se entreguen.” [5]

* * *

A la madrugada, el clima era de franco motín. La mayoría de los soldados juntaron sus cosas en silencio. Villa se acercó a Baigorria.

—Señor. Si no nos rendimos, vendrán por nosotros.

—Y si se rinden, los matan —contestó el alférez—. Yo no pienso rendirme al déspota de Buenos Aires.

—¿Usted… qué alternativa nos ofrece, señor?

A Baigorria le molestó el tono insolente. Se paró y se dirigió a todos levantando la voz.

—Los que quieran entregarse al enemigo y pedir clemencia, ¡háganlo! Yo ya estuve en su prisión y me salvé de casualidad. Esa gente no tiene palabra, son pura crueldad. Los que se queden conmigo correrán otro destino. —Apuntando hacia el Sur, dijo: —Iremos exactamente hacia el otro lado. Tierra adentro.

—¿Con los indios? —preguntó Villa, incrédulo.

La mayoría de los soldados montaron sus caballos y partieron hacia el Norte. Solo cinco se quedaron con

Baigorria.

* * *

Durante diez días cabalgaron hacia el sur, sin ver ni una persona. Baigorria sabía que las tolderías de los indios estaban muy lejos de la zona poblada por los cristianos, pero nunca imaginó que fueran tan lejanas.

Mientras avanzaban al paso, había intentado pensar en un plan, pero nada se le había ocurrido. Todas sus estrategias se estrellaban contra la idea de la hostilidad indígena. Él era el invasor en la tierra de esa gente violenta. ¿Cómo encararlos?

Uno de sus soldados indicó un punto lejano. “Un toldo indio”, dijo. Había llegado el momento de la verdad. Baigorria no tenía nada pensado. Improvisó. Desmontó. “Espérenme acá”. Le pasó la rienda de su caballo a otro soldado, y caminó sin armas hacia el lejano toldo.

Los soldados lo miraron mientras caminaba con los brazos en alto.

Al cabo de unos minutos, un indio salió del toldo. Vio que Baigorria se acercaba, tomó su chuza[6] montó un caballo y galopó, amenazante, hacia el alférez.

* * *

Buenos Aires, Septiembre de 1832

—La cosa se está poniendo fea —dijo Juan Manuel, explicando el porqué de su mal humor.

—¿Son los abogaditos? preguntó Encarnación, con visible desprecio hacia esa profesión.

—No sólo ellos. También los gobernadores me presionan. Estoy rodeado de traidores.

—Tenés que endurecer la mano, Juan Manuel —contestó ella, quien en privado lo trataba de “vos”, pero en público

de “Usted”.

La relación entre Juan Manuel y su esposa era muy especial. Por un lado, llamaba mucho la atención que un hombre buen mozo, rico y poderoso estuviera casado con una mujer tan fea. Tan así era, que sus enemigos la ridiculizaban refiriéndose a ella como “la mulata Toribia”. Por otro lado, era inaudito que en una sociedad donde las mujeres sólo se dedicaban a cuestiones domésticas, Juan Manuel compartiera con ella todos los temas de gobierno.

Ya desde su inicio, Juan Manuel y Encarnación Ezcurra habían tenido una relación única. Siendo adolescentes, se enamoraron perdidamente, pero los padres de Juan Manuel se opusieron, tenían otros planes para el muchacho. Ante la negativa paterna de dar su consentimiento al matrimonio, Juan Manuel soltó una bomba en su casa: Encarnación estaba embarazada. Se arregló un casamiento en el campo entre secretos y apuros, pero al poco tiempo se supo que lo del embarazo había sido una mentira para poder casarse. Los padres de Juan Manuel, especialmente la madre, se indignaron, y la relación con su hijo se hizo insostenible. La joven pareja se fue de la casa. Juan Manuel hizo negocios con su amigo de toda la vida, Nepomuceno Terrero, y salió adelante, pero juró no usar los apellidos de sus padres. Los apellidos de las Zetas porque su madre era LópeZ y su padre OrtiZ de RoZas. Por idea de Encarnación, cambió su apellido a Rosas, sin la odiada Zeta.

—¡Mano dura quisiera aplicar! Pero, ahora, me tienen negados los poderes extraordinarios. Quieren que el Gobierno esté más controlado por la Legislatura.

—¡Qué traidores! Pensar que antes te suplicaban que los salvaras del sable de Lavalle, y ahora quieren controlarte. ¿Y qué dicen los hacendados?

—Están todos muy mal por la sequía. Su principal preocupación es sobrevivir, no apoyarme.

—¿Quiroga?

—Me ve como a un rival. No va a mover un dado a mi favor.

—¿López?

—¿El de Santa Fe? Quedamos distanciados desde que yo le sugerí que fusilara al general Paz, y él hizo todo lo contrario.

Los dos quedaron sumidos en silencio mientras tomaban un par de mates.

—Entonces, Juan Manuel, a mí me parece que hay que dejarles el Gobierno a los abogaditos y ayudarlos a que fracasen. Y si es posible ayudar a que se los coman los de afuera.

—¿Quiénes?

—Quiroga y López. Que se los lleven por delante —dijo ella.

—El ejército de Buenos Aires es demasiado poderoso como para que los caudillos del interior se le animen.

—¿Pero qué pasa si… —dijo ella con una sonrisa maligna—, si te llevaras al ejército? Les dejás abiertas las puertas de Buenos Aires.

—¿A dónde me llevaría el ejército?

—¡Vos sos el Brigadier General! Decímelo vos, yo solo doy una idea.

Nuevamente quedaron en silencio compartiendo unos mates.

—No se me había ocurrido—dijo él, con malicia—. Podría dejar el Gobierno y llevarme el ejército a hacer una campaña contra los indios.

—¡Perfecto! —dijo ella, con entusiasmo— Los hacendados te apoyarán porque les pagarás con las tierras conquistadas.

—El problema es que no estaré en Buenos Aires para asegurarme de que los traidores fracasen gobernando.

—No estarás vos, pero estaré yo. Creeme que sé cómo hacerlo. Moveré cielo y tierra.

—No me cabe la menor duda —dijo él con una sonrisa de aprobación.

—Vos, Juan Manuel, volvé victorioso de pelear a los indios, y yo te aseguro que en Buenos Aires te esperará un cargo de Gobernador vacante. Pero —dijo ella con misterio— debes prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Que en tu segundo gobierno no cometerás el mismo error. Gobernarás con mano dura.

—Prometido.

* * *

Juan Manuel de Rosas.

Arroyo Tapalqué, Provincia de Buenos Aires, abril de 1833

—Hasta acá, ni un indio —dijo con confianza el coronel Pacheco.

—Nada. Saben que avanzamos y se internan tierra adentro —respondió Juan Manuel mientras los dos avanzaban al paso.

—Parece que nuestro único enemigo es el calor y la sed. A este paso vamos a llegar a Protectora Argentina[7] sin novedades.

—Sé que las marchas lo aburren, coronel. Pero, créame que no va a ser así toda la campaña. Ya van a tener, usted y su tropa, oportunidades para lucirse.

—Espero que así sea, mi Comandante —contestó Pacheco.

Finalmente todo ocurrió como Juan Manuel había previsto. Su gobernación fue perdiendo apoyo paulatinamente y, al final del treinta y dos, decidió presentar su renuncia a la Legislatura. Se armó un gran revuelo. Ni sus enemigos estaban preparados para aceptar la renuncia, pero esta tenía carácter de indeclinable. La Legislatura debió buscar candidatos y el partido de Rosas no se la hizo fácil, rechazó a varios hasta que, después de mucho trajinar, se propuso a Juan Ramón Balcarce, un pusilánime que no estaba frontalmente enemistado con Juan Manuel. Era perfecto, estaba destinado a fracasar.

Junto con su renuncia, Juan Manuel presentó su proyecto de hacer una campaña al desierto para conquistar territorio de los indios. Su propuesta fue aprobada sin mayor discusión. Le asignaron tropas pero no presupuesto, la Legislatura quería que él fracasara. Pero eso no preocupó a Rosas, ya que usó sus contactos y su persuasión para lograr que los hacendados le adelantaran dinero, con la promesa de que cada uno de ellos recibiría, a cambio, grandes tierras. Eso funcionó a la perfección.

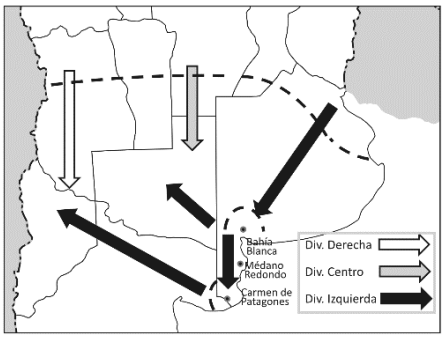
El siguiente paso fue armar la estrategia de la campaña.

Juan Manuel propuso una ofensiva en conjunto con otras provincias, de tal manera que una invasión conjunta dejara a los indios sin posibilidades de escape, por lo que necesariamente deberían presentar batalla y así serían vencidos. Rosas le ofreció la comandancia general de toda la campaña a Quiroga. El riojano no tenía el menor interés en el tema, pero no la podía rehusar. Juan Manuel planificó que se avanzaría en tres columnas. La División Derecha bajaría desde Mendoza barriendo los pasos cordilleranos para impedir que los indios huyeran a Chile. La División Centro saldría hacia el Sur, desde Río Quinto, San Luis. El papel principal le cabría a la División Izquierda, a cargo de Rosas. Esta debería atacar hacia el Sur hasta la aislada ciudad de Carmen de Patagones y, desde allí, girar hacia el Oeste, por el Río Negro, cerrando la huida al sur de los indios, hasta encontrar a la División Derecha al pie de los Andes. Todo esto se coronaba con el pedido a Chile de que también ellos hicieran una ofensiva hacia el Sur, eliminando cualquier posibilidad de escape indígena al vecino país.

Juan Manuel estaba muy conforme con esta estrategia. Por un lado le daba a “su” división el papel protagónico, ya que sería esta la que recorrería la mayor distancia, la que conquistaría el más grande y mejor territorio, y la que estaría encargada de tomar contacto con las otras dos divisiones. El otro punto importante era que, conquistando el territorio entre el Río Colorado y el Río Negro, le estaba poniendo un límite territorial a las otras provincias, y dejaba para un futuro todo el sur del continente para la Provincia de Buenos Aires.

El plan era tan complejo y ambicioso que no tenía la menor probabilidad de éxito. Juan Manuel lo sabía. Estaba seguro de que las otras dos divisiones no cumplirían con su parte. Pero no importaba, era mejor así. “Su” división sí haría su parte, y eso marcaría la diferencia con los otros líderes. Él, y nadie más que él, sería el merecedor del título de “Héroe

del Desierto”.



Plan de la Campaña del Desierto de Rosas en 1833.

Los tiempos apremiaban, ya que debía partir antes de que comenzara el frío. La clave de tan osada campaña era la organización, y ese era el fuerte de Juan Manuel. Todo funcionó a la perfección y, para incredulidad de sus enemigos, en febrero juntó sus tropas en la Laguna las Perdices[8] e iniciaron la marcha al sur.

—¿Qué le pareció la colonia de Azul? —preguntó Juan Manuel tratando de sacar conversación para que el tiempo pasara más rápido.

—Me parece increíble todo lo que hicieron los colonos en solo tres meses —contestó entusiasmado el coronel Pacheco.

—¿Vio que su fundación fue un acierto?

—La verdad es que sí. ¿Y usted cree que habrá más colonos dispuestos a ocupar los territorios que ganemos?

—No le quepa la menor duda. Vea este campo. ¿Ve qué verde es? Acá hay muy buenas pasturas, la lluvia es buena. Excelente para la ganadería. Y más al sur lo mismo —dijo Juan Manuel imaginándose un futuro promisorio.

—Y pensar que por tanto tiempo la frontera con el infiel fue el Río Salado… fíjese ahora… ¡ni uno para oponérsenos!

Siguieron avanzando a paso cansino sin hablarse, hasta que un revuelo, más adelante de ellos, les llamó la atención. La tropa estaba agitada por algo. Al sudoeste lejano se veía una gran polvareda. ¿Viento?

Un uniformado galopó hacia ellos a toda velocidad. “¡Alerta, mi comandante!” gritaba.

—¿Qué pasa, Sargento? —le preguntó Juan Manuel con autoridad.

—Vienen hacia nosotros a toda velocidad —respondió el militar, apuntando a la polvareda.

—¿Quiénes?

—¡Son indios, señor!

Capítulo 2. El héroe del desierto

Parte de Guerra del 3 de abril de 1833

A las tres de la tarde, llegaron al campo, desde el cantón de Tapalqué, los caciques Catriel, Cachul, Llanque-llen, Pablo y los caciquillos Nicasio y Antuán, con la gente de pelea que marcha con el Ejército y se puso a las órdenes del señor General. La fuerza de todos asciende como a trescientos hombres de lanza.

Parte de Guerra del 6 de abril de 1833

A las seis de la mañana, ordenó el señor General la marcha. A las seis y media la emprendieron el convoy y cuartel principal, a las ocho, la División toda en dos columnas paralelas. El camino fue mejor que la tarde anterior El campo es llano en lo general, de pastos fuertes mezclados con tiernos.

El señor General, en esta jornada, se adelantó con sus ayudantes y, para dar la dirección a la columna y el convoy, fue apostando balizas con jinetes que se retiraban cuando llegaban los primeros hombres.

Se acampó a las doce del mediodía en la parte occidental del arroyo Tapalqué, al pie mismo de la sierra.

Parte de Guerra del 17 de mayo de 1833

Permaneció la División acampada en su puesto. El día amaneció nublado y ventoso, aunque templado. Como a las diez se despejó y después tuvo sus variaciones. Hicieron ejercicio los mismos cuerpos del día anterior. La infantería a la tarde hizo fuego. El señor General ordenó al Capitán de Marina don Guillermo Bathurst hiciese echar al agua la mayor de las dos canoas que trae la expedición, las

equipase y preparase para hacer el reconocimiento prolijo del Río Colorado.

Parte de Guerra del 23 de julio de 1833

Diana a las cinco, y lo demás establecido, hasta aclarar. Madrugada fresca. Se dio a la tropa ración de aguardiente. Amaneció el día nublado, frío y ventoso.

A las doce se reunieron los jefes y oficiales para felicitar al señor General por los triunfos de la vanguardia.

* * *

En la quietud de la madrugada, Juan Manuel tomó una pluma y escribió instrucciones para sus hombres más leales sobre cómo actuar con los indios prisioneros.

Si alguno es de una importancia tal que merezca que yo hable con él, mándemelo. Pero si usted no lo necesita para tomarle más declaraciones, debe hacer quedar más atrás una guardia, que luego, cuando no quede nadie más en el campamento, los pueda echar al monte y allí fusilarlos.

No conviene que al avanzar una toldería traigan muchos prisioneros vivos, con dos o cuatro es bastante. Y si más agarran, esos allí, en caliente nomás, se matan a la vista de todo el que esté presente.

* * *

Campamento de Médano Redondo[9], agosto de 1833

—Mi Comandante, Pancho “el Ñato”, trajo tres bomberos[10] indios —le informó el sargento.

—Voy.

Juan Manuel se levantó de su escritorio de campaña; dejó sus cartas a Buenos Aires y salió a la luz del día. En el centro del campamento, estaba un grupo de soldados, recién llegados, alrededor de los prisioneros: dos indios fieros y otro jovencito que no tendría más de doce años, todos fuertemente maniatados. Los tres parecían haber sido golpeados duramente para que revelaran su secreto.

—¡Adiós mi Comandante! —dijo a modo de saludo el capitán a cargo.

—¿Cómo le va, Sosa? Veo que trajo unos prisioneros. ¿Qué pasa? ¿No hablan?

A Francisco Sosa todos lo conocían como Pancho “el Ñato”. Su sobrenombre era a causa de la feísima cicatriz de un chuzazo indio que le cruzó la cara y le cortó parte de la nariz. Lejos de molestarle, la cicatriz era motivo de orgullo para Sosa, e iba perfecto con su reconocida crueldad.

—Ni una palabra mi Comandante. Y… mire que les pegamos ¿eh?

Los traje por su pedido.

—Hizo bien Sosa. Vamos a ver si hablan, o no.

—Creo que el muchacho es hijo de este —dijo “el Ñato”, indicando al indio más musculoso.

—Bien. Entonces empecemos por el viejo.

Sosa pasó por delante del indio musculoso y se paró al lado del mayor de los tres. Sacó su pistolón y lo apoyó sobre la sien del indio.

—Pregúntele dónde está su toldería —dijo Juan Manuel.

El Ñato, que hablaba algo de araucano, le tradujo la pregunta. El indio lo miró con odio y le escupió la cara.

—Dispárele —ordenó Juan Manuel.

Sosa apretó el gatillo y el indio calló muerto con la cabeza

deshecha. —Ahora póngale la pistola al chico —Sosa recargó su arma y obedeció.

Juan Manuel se paró frente al supuesto padre del muchacho y lo miró a los ojos. No vio miedo ni odio en sus ojos, sabía su destino y estaba rendido ante él. Sin duda el muchacho era su hijo.

—Hágale la pregunta al padre.

Sosa, sin sacar la pistola de la cabeza del muchacho, le repitió la pregunta al padre. No contestó. Juan Manuel miró al chico, que cerró fuerte sus ojos, y se le mojaron los pantalones. “Pobre muchacho” pensó.

—Dispárele al padre —ordenó Juan Manuel.

El Ñato dejó al muchacho, apoyó la pistola sobre la cabeza del padre y disparó. El indio cayó muerto. El muchacho se quedó duro.

—Mire que estos indios son unos hijos de puta —dijo, indignado, Juan Manuel—. El padre está dispuesto a que matemos a su hijo, antes que decirnos dónde están sus toldos, que vamos a descubrir de cualquier manera.

—¿Qué hacemos con este?

—Póngale la pistola en la cabeza y hágale la pregunta. Ahora que vio la muerte de cerca, va a hablar.

Sosa le repitió la pregunta. El muchacho se puso muy serio y le habló.

—¿Qué dijo? —preguntó Juan Manuel interesado.

—Me dijo que él ya es hombre, y está listo para morir.

—¡La puta madre!

—¿Qué hago, mi comandante?

—Mátelo —respondió Juan Manuel, muy disgustado.

Se dio vuelta y caminó hacia su carpa. Hizo tres pasos y

escuchó el disparo. “Qué indios hijos de puta”, murmuró.

* * *

Juan Manuel se volvió a sentar en su escritorio de campaña, pero no podía concentrarse en las cartas. Lo que acababa de pasar hizo que su mente zumbara por la infinidad de eventos que había vivido en esta rara campaña. ¿Qué estaba bien y qué estaba mal? ¿Quién lo sabía? Lo importante era alcanzar los objetivos que se había trazado, y, en ese sentido, no había lugar para “tibios”. Por eso le gustaba rodearse de gente como Pancho “el Ñato”. Gente que no le cuestionaba las órdenes, simplemente las cumplía sin chistar. En ese sentido el coronel Pacheco no era su mejor colaborador, Pacheco era un mal necesario.

Si bien Juan Manuel ostentaba el rango de Brigadier General la verdad era que él no era un verdadero militar. No tenía formación militar, no había peleado en las guerras de la independencia, ni había liderado ejército en batalla. Era cierto que había comandado campañas, como por ejemplo contra Lavalle, pero la verdad era que siempre estaba rodeado de oficiales de mucha experiencia y, aún así, siempre había rehuido la batalla. La tarea de él se había limitado a un ejército en la provincia, para ello usó la persuasión y también “otros” métodos. Así levantó una enorme fuerza militar que por sus números obligó a los unitarios a negociar y luego fueron vencidos políticamente. En resumen, la estrategia militar no era el fuerte de Rosas. Por eso, para esta campaña había buscado un Jefe de Estado Mayor y creyó encontrarlo en Pacheco, un militar de larga trayectoria con muchas batallas por la independencia, incluso bajo el mando de San Martín.

Pero Pacheco no era confiable. Pacheco buscaba la gloria en batallas heroicas y no había nada de heroico en esta campaña. Cuando Rosas le daba órdenes, Pacheco le hacía otras propuestas. Juan Manuel nunca estaba seguro de que

Pacheco fuera a cumplir con sus instrucciones.

El primer destello de que la relación con Pacheco no sería fácil lo tuvo al principio de la campaña, cuando pasaron cerca de Azul. Aparecieron indios al galope y Pacheco quiso armar una defensa frente al supuesto ataque. A Rosas le costó mucho explicarle que se trataba de Catriel y sus pampas. Era un viejo amigo de Juan Manuel de su época de hacendado al sur del Salado, donde para sobrevivir había que tener a los indios contentos. A Pacheco le costaba entender que Juan Manuel hubiera hecho un trato con Catriel para que este se sumara a la campaña en contra de indios enemigos de su tribu. Pacheco se quejó, alegando que los indios de Catriel nunca serían confiables en batalla y que no tenían la menor disciplina. Pacheco no quería entender que nunca habría batallas, que precisaban indios baqueanos porque no había mapas de la zona y que la estrategia no sería buscar y enfrentar a los guerreros indígenas, sino eliminar sus toldos incluyendo a la chusma.[11] Pacheco se quejó ante Juan Manuel diciendo que él debería estar al tanto de todos los acuerdos y planes de Juan Manuel.

A Rosas eso no le gustó ni un poco, pero la campaña ya estaba iniciada y gran parte de la oficialidad y tropa seguía a Pacheco, por eso ideó una manera de sacárselo de encima elegantemente. Una vez que estableció su centro de operaciones de Médano Redondo, le encomendó a Pacheco liderar la vanguardia con la tarea de tomar contacto con la División Derecha. El lugar acordado se llamaba Confluencia, por la unión de dos ríos en el Neuquén. Pacheco debería enarbolar la bandera federal allí al pie de las montañas, como un verdadero acto de soberanía. Esa era una tarea que a Pacheco le gustaría cumplir, era un reto y había heroísmo: lo que todo militar veterano de la Independencia quería. De esa manera Juan Manuel se lo sacaba a Pacheco de encima por varios meses.